

Grado en Jurisprudencia

Nuestra Facultad confirió, en marzo, el título de Doctor, a don Roberto Martínez Robles, inteligente joven samario. La tesis que presentó para optar a tal categoría versó sobre un punto de grande actualidad, como es el renglón de impuestos del sistema tributario. Reciba el nuevo doctor las felicitaciones del Claustro.

Alma de fraile

Lo recuerdo como si acabara de presenciarlo. Tal es la huella que en mi imaginación de adolescente entonces causaron episodios de la historia que voy a referiros.

Porque historia es, no cuento. Y no la doy por verídica para remedar el «yo lo» vi de los que desconfían de ser creídos. Historia es, y por juzgarla edificante e instructiva, la desempolvo, y, con el aliño que está en mis posibles, os la presento.

.....

Era una tarde de estío, cercana al crepúsculo. Mi padre y yo recorriamos en coche la campiña valenciana, exuberante de verdor y lozanía. La carretera polvorienta serpenteaba en la falda de un cerro, a cuyo pie se asentaban varios pueblecillos blancos, amparados por las torres de las iglesias respectivas, cubiertas de tejas azules, cuyos metálicos reflejos herían la vista, arrancados por los últimos rayos del sol.

Las golondrinas y los aviones, en rapidísimos giros, rozaban con sus ágiles cuerpecillos los enhiestos penachos blancos de los maizales verdegueantes y lustrosos.

Mi padre y el cochero hablaban del campo y de la cosecha: yo miraba con avidez la línea azul del Mediterráneo, que allá a lo lejos cerraba el horizonte, interrumpida por las diminutas manchas triangulares de las blancas velas de los barcos pescadores.

Ellos en su charla y yo en mi muda contemplación, estuvimos largo rato.

De pronto oí decir a mi padre.

—Pára, Tonet.

Y el coche detuvo su marcha,

—¿Qué pasa?—pregunté.

—¿Aquello que se ve en el recodo es un fraile?—me dijo mi padre.

Miré en la dirección indicada, y contesté:

—Sí, padre.

—Pues aquí le esperaremos.

La figura del religioso fue agrandándose, y destacándose con fuerza las oscuras líneas de su hábito, y a poco pasaba junto a las ruedas de nuestro coche.

Era un hombre de unos cuarenta años, envejecido prematuramente, de austero semblante. Vestía el hábito de los Franciscanos, y llevaba sobre el hombro derecho las sandalias por toda alforja. Sus pies desnudos se hundían en el polvo del camino, dejando en él huellas profundas:

—¡Alabado sea Dios!—dijo el Franciscano sin detenerse.

—Por siempre—contestó mi padre; añadiendo: ¿a dónde va, hermano?

—El fraile detuvo su paso, y volviendo el rostro, dijo:

—A ***. Mi padre se muere, y he podido venir a cerrar sus ojos.

—¡Pero ese punto está muy lejos de aquí! Suba, suba y llegará antes. Nosotros volveremos a pie.

—Dios le pague la intención, pero he pensado en llegar hasta allá a pie...

—¡Y descalzo!—exclamé yo.

—Sí; lo ofrezco como penitencia. Quizá Dios me conserve al viejo unas horas más—dijo sencillamente el religioso.

—¡Pero si está tan lejos—insistió mi padre.

—Llegaré.

—Y hay que pasar el puerto de Cabut, que es toda peña.

—Llegaré, con la ayuda de Dios.

—Sea como usted quiera, hermano. Tonet—añadió mi padre, dirigiéndose al cochero,—dá la vuelta, y a casa. ¡Dios le acompañe!

El fraile nos saludó con dulzura, y siguió andando.

Nosotros volvimos camino atrás, y a la indecisa luz del anochecer pudimos ver la silueta del religioso, que, ascendiendo penosamente, aparecía y desaparecía hasta perderse definitivamente en las vueltas y revueltas del camino, bordeado de pitas y chumberas.

Tonet nos dijo luégo que al caminante le quedaban lo menos quince leguas por andar.

II

Al cabo de algunos días decidió mi padre ir a ***, con el fin de visitar una hacienda, no muy cuidada, que allí tenía.

Estas excursiones eran mi encanto, y cuando yo vi a Tonet preparar el coche, hice la oportuna solicitud de licencia para acompañar a los expedicionarios. Me fue fácilmente otorgada y partimos.

Desde Gandía, donde estábamos, a ***, tardamos en llegar.... ¡qué se yo!.... mucho tiempo. Sólo recuerdo que cenámos en este último punto, y tarde. La comida fue en Gandía, y partimos a poco de comer.

En la hacienda de *** no se nos esperaba, mejor dicho, no se esperaba a mi padre, que de mí poco podría temerse.

Aquellas gentes disimularon su contrariedad, y fuimos obsequiados hasta la pesadez. Yo me atraqué de fruta y de tortas, dando motivo a que mi padre me llamara al orden.

El arrendatario dijo:

—Déjele, que esto es sano. Sobre todo—añadió riendo su propia desgraciada gracia—ahí tenemos un fraile para lo que se ofrezca.

Mi padre perdonó la grosería en gracia a la idea de que aquel fraile fuese el que hubimos de encontrar en el camino.

—¿Está aquí?—preguntó mi padre.

—¿Pero usted le conoce?—le contestaron.

Mi padre explicó lo ocurrido.

—Pues ese debe de ser. Ha resultado ser hijo del pastor, el tío Nelo, ya se acordará usted. Vino a verle morir.

—¿Y llegó a tiempo?

—Sí, porque Nelo la entregó esta mañana. Por cierto que las ovejas le han sentido más que su hijo. ¡No ha soltado una lágrima, y allá está reza que te reza con una calma, que parece de hielo!

Mi padre interrumpió la charla insustancial de aquel majadero, y dijo, abandonando la mesa:

—Que preparen las camas. ¿Dónde está el cadáver de Nelo?

—En la ermita lo quiso poner el fraile, y como allí está mejor que en casa, le di la llave.

Mi padre no oyó lo último, y cogiéndome de la mano me llevó consigo.

La serenidad de aquella noche estival, azul y clara, no bastó a tranquilizar mi ánimo.

Recuerdo como un sueño lo que vi. La ermita, sin más luz que la de una lámpara de aceite, me infundió temor. Yo no había visto nunca un cadáver. El del tío Nelo, rígi-

do sobre las losas del pavimento, hizo palpar mi corazón con fuerza desconocida, y me acerqué a mi padre instintivamente.

El fraile estaba allí de rodillas, junto al cadáver, cruzadas las manos. Al parecer, oraba.

El parpadeo de la luz de la lámpara desfiguraba las facciones del muerto y las del vivo; sentí mucho miedo.

Mi padre no osó turbar aquella calma, y nos detuvimos en el dintel de la ermita. Se arrodilló, y yo le imité. Rezó mi padre, y yo, sin saber a punto fijo por qué razón, rompí en sollozos.

En el cercano corral balaron las ovejas, y me pareció su balido más triste que el de todas cuantas oyera hasta entonces.

III

Y llegó el día.

Supimos que el fraile partiría después del entierro, y que no había querido que se avisara a nadie para el fúnebre acto.

El, pues, enterró a su viejo, como él decía, como él le había administrado los Sacramentos, como él le había encomendado su alma... ¿Qué le restaba hacer allí?

Vino a despedirse. Nos vió sin sorpresa. A aquel hombre no había quien le sacara de su paso. Confieso que a mí me iba haciendo mella la reflexión del arrendatario. Parecía de hielo.

El colono, al decirle adiós, se volvió y masculló entre dientes:

—¡Fraile habías de ser! Cura y enterrador tenemos aquí. No hacías falta. Lo que hubiera necesitado Nelo es a su hijo, y tú no lo pareces.

Mi padre oyó esto, y, después de besar la mano del religioso, que me bendijo, volvió hacia el arrendatario y le dijo:

—Me parece que anoche dijiste una imbecilidad como la que acabas de decir. Ese fraile ha venido buscando a su padre, de veinte leguas de aquí, en el fondo del valle, y ha venido a pie y descalzo. Ha rezado y no ha llorado, porque más ama a sus muertos el que les reza que el que los llora. Eres un pobre hombre!

Creo yo que el arrendatario no entendió gran cosa de todo esto, porque abrió los ojos muy espantado, y sólo dijo:

—Como usted quiera, señor.

IV

Acabados los quehaceres de mi padre en la hacienda de *** volvimos a Gandía.

En el camino alcanzamos al religioso, que regresaba a su convento, al hombro las sandalias, como la tarde de nuestro primer encuentro.

Mi padre formuló de nuevo su deseo de que el fraile subiese al carruaje...

—Pero entonces quería usted verle—dijo al religioso,—y la penitencia alcanzó esa gracia.

—Y ahora, también ahora quiero verle—dijo nuevamente aquel santo varón, señalando al cielo.

Y siguió andando: sus pies, destrozados, dejaban en el camino huellas sangrientas.

Y a mí me parecía que trazaban una senda de dolor, muy estrecha, muy larga, que llevaba muy lejos y muy alto...

V. ESPINÓS